

A los camaradas de la Liga Espartaco
León Trotsky
9 de marzo de 1919

(Tomado de *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1974)

Con la mayor alegría acepto la sugerencia del camarada Albert, delegado del Partido Comunista de Alemania, de escribir unas pocas líneas para la prensa del partido alemán.

Habiendo sido, como todos los marxistas rusos, discípula del socialismo alemán durante mi vida de emigrante, colaboré, lo mejor que pude, en la prensa de ese partido durante algunos años.

Es con gran satisfacción que en esta oportunidad renuevo mi colaboración, bajo condiciones totalmente distintas. Durante estos años el topo hegeliano de la historia ha cavado diligentemente sus túneles subterráneos; lo que en otros tiempos estaba firme ahora yace en ruinas; lo que era débil, o parecía serlo, ahora es poderoso. Se solía considerar a Moscú, y con razón, la encarnación de la reacción mundial. Actualmente Moscú se ha convertido en el lugar de reunión del Congreso de la Tercera Internacional Comunista. En otras épocas sólo podía visitar el Berlín de los Hohenzollern usando un pasaporte falso. (Permítaseme presentar mis excusas con retroactividad a los estimados gendarmes de la monarquía prusiana que, actualmente, cumplen el rol de guardianes de la República).

A propósito... Aún hoy no se puede considerar que las puertas de Berlín estén abiertas a un comunista ruso. Sin embargo, creo que para abrirlas no tendremos que esperar tanto tiempo. También hubo algunos cambios en la socialdemocracia.

El camarada Albert confirma aquello de lo que nunca dudamos: que los obreros alemanes siguen la lucha de la clase obrera rusa, no sólo con atención, sino también con fervorosa simpatía. Ni las calumnias desmedidas de la burguesía, ni las críticas más eruditas de Karl Kautsky, han cambiado ese sentimiento.

Kautsky dice que, aunque la conquista del poder político por la clase obrera es la tarea histórica de un partido socialdemócrata, como el Partido Comunista ruso no ha llegado al poder por los medios y en el momento en que él lo prescribiera, debe entregarse la República Soviética a Kerensky, Tseretelli, y Chernov, para que la reformen.

La crítica pedante y reaccionaria de Kautsky debe resultar sorprendente a los camaradas alemanes que vivieron el período de la primera Revolución rusa y leyeron sus artículos de 1905-1906.

En aquel entonces, Kautsky (es cierto que bajo la influencia benéfica de Rosa Luxemburg) comprendió y reconoció que la Revolución Rusa no podía culminar en la República democrática burguesa; que, por el nivel alcanzado por la lucha de clases en el país, y por las condiciones del capitalismo internacional, debía conducir a la dictadura de la clase obrera. En ese momento Kautsky se pronunció decididamente a favor de un gobierno de los obreros, con mayoría socialdemócrata. Ni siquiera le pasó por la mente hacer depender el curso real de la lucha de clases de las combinaciones transitorias y superficiales de la democracia burguesa.

Entonces, Kautsky comprendía que la revolución despertaría a millones de campesinos y a las masas de clase media; y que, por otra parte, no lo haría de un golpe, sino gradualmente, capa por capa. Así, cuando se llegara al momento decisivo de la lucha entre el proletariado y la burguesía capitalista, amplias masas campesinas aún se encontrarían en un nivel de desarrollo político muy elemental, y darían sus votos a los partidos políticos intermedios, reflejando sólo su retraso y sus prejuicios.

Entonces, Kautsky comprendía que, por la lógica de la revolución, el proletariado, al hallarse en condiciones de tomar el poder, no podría posponer arbitrariamente esa acción para un futuro indefinido, ya que semejante acto de renunciamento sólo dejaría el campo libre a la contrarrevolución.

Entonces, Kautsky comprendía que el proletariado, teniendo el poder revolucionario en sus propias manos, no arriesgaría el destino de la revolución, haciéndolo depender de los fluctuantes estados de ánimo de las masas menos conscientes y aún aletargadas, sino que, por el contrario, transformaría todo el poder estatal concentrado en sus manos en un poderoso aparato de instrucción y de organización para las masas de campesinos más atrasados e ignorantes.

Entonces, Kautsky comprendía que colocar a la revolución rusa la etiqueta de “burguesa”, y de ese modo limitar sus tareas, significaría ignorar absolutamente los hechos. Correctamente advirtió, junto con los marxistas revolucionarios de Rusia y Polonia, que si el proletariado ruso tomaba el poder antes que la clase obrera europea, tendría que utilizar su situación de clase gobernante para fomentar, aunque fuera con gran esfuerzo, la extensión de la revolución proletaria a Europa y a todo el mundo. Y ello, aunque sólo fuese posible salvar a la Revolución Rusa, convirtiéndola en parte integrante de la revolución europea. De esa manera se aceleraría la transición de la propia Rusia hacia un sistema socialista. En ese momento el cómo y por quién votaría el campesinado en noviembre-diciembre de 1917 en las elecciones para la Asamblea Constituyente, no dependía, ni para Kautsky ni para nosotros, de esta perspectiva mundial, impregnada del espíritu genuino de la doctrina marxista.

Actualmente, cuando las perspectivas esbozadas hace 15 años se han hecho realidad, Kautsky se niega a certificar el nacimiento de la Revolución Rusa, porque el departamento político de la democracia burguesa no lo ha hecho legalmente. ¡Un hecho sorprendente! ¡Que increíble degradación del marxismo! Se podría decir con entera justificación que el colapso de la Segunda Internacional tiene su expresión más odiosa en la actitud filisteas que adopta su teórico más destacado hacia la Revolución Rusa, más aún que en el voto emitido el 4 de agosto de 1914, a favor de los créditos de guerra.

Durante décadas Kautsky promovió y defendió las ideas de la revolución social. Hoy, cuando la revolución ha llegado, se aleja aterrorizado. Repudia al poder soviético en Rusia, se opone con hostilidad al poderoso movimiento del proletariado comunista de Alemania. Kautsky se parece a un maestro que, año tras año, encerrado dentro de las cuatro paredes de una aula mal ventilada, repite ante sus alumnos una descripción de la primavera, y luego, en el ocaso de su carrera pedagógica, tropieza y cae en el regazo de la naturaleza en plena primavera, no la reconoce, se hunde en el delirio (en la medida en que los maestros pueden delirar) y comienza a demostrar que en la naturaleza reina el mayor de los desórdenes, que la primavera real no tiene nada de primavera pues se está desarrollando en oposición a... las leyes de la naturaleza. ¡Qué suerte que los obreros no escuchen a los pedantes más autorizados, y que, en cambio, sí escuchan la voz de la primavera!

Nosotros, los discípulos de la filosofía alemana, los discípulos de Marx, junto a los obreros alemanes, seguimos convencidos de que la primavera de la revolución se está desarrollando en un todo de acuerdo con las leyes de la naturaleza y, al mismo tiempo, de la teoría marxista. Porque el marxismo no es el puntero del jardín de infantes suprahistórico, sino el análisis social de los caminos y métodos de un verdadero proceso histórico que se está desarrollando.

Asimismo, nos enteramos por el camarada Albert de que los obreros revolucionarios alemanes rechazaron las acusaciones dirigidas en su momento en contra nuestro por el mismísimo Partido Independiente de Kautsky, que nos acusaba por haber creído posible pactar la paz de Brest-Litovsk con el militarismo alemán victorioso. En su momento, Bernstein hizo circular escritos en los que no sólo emitía las más rudas críticas

a la paz que habíamos firmado con los diplomáticos de los Hohenzollern, sino que las acompañaba con las insinuaciones más negras. Nos acusó, ni más ni menos, de engañar conscientemente a los obreros rusos con la inevitabilidad de la revolución alemana, con el solo propósito de encubrir nuestras intrigas con el gobierno de los Hohenzollern. No puedo menos que referirme al hecho de que estos “teóricos del marxismo”, que se consideran verdaderos realistas y sabios, no comprendieron, ni siquiera algunos meses atrás, la inevitabilidad de la catástrofe social en Alemania. Mientras que nosotros, los “utopistas”, la habíamos previsto desde el primer día de guerra. Pero ¿no es acaso una aterradora estupidez política proclamar que la revolución alemana es imposible, es decir, sostener la inmutabilidad del poderoso militarismo alemán, exigiendo al mismo tiempo que el gobierno de un país debilitado y exhausto como Rusia continuara, no importa a qué precio, la guerra contra los Hohenzollern, hombro a hombro con el imperialismo inglés? Según Bernstein y compañía fuimos culpables de no haber monopolizado la lucha contra el imperialismo alemán, poniendo nuestras esperanzas en la actividad revolucionaria del proletariado alemán. Pero también en este punto estábamos en lo cierto. Contrariamente a la lógica de los pedantes y maestros, la clase obrera alemana ha ajustado sus cuentas con la monarquía y se está moviendo en el camino correcto hacia la destrucción completa de la dominación burguesa. Desgraciadamente, no tengo posibilidades de asegurar si los Bernstein ingleses y franceses acusan ahora a la clase obrera alemana porque se ha visto obligada a firmar la paz con el imperialismo anglofrancés. Pero nosotros, los comunistas rusos, no dudamos ni por un instante de que esta paz terrible, impuesta al pueblo alemán por los bandidos del mundo, ha de volverse completamente en contra de las clases gobernantes de la Entente.

Como el argumento del origen ilegítimo de la dictadura de la clase obrera rusa carece de influencia sobre los obreros alemanes, se inventó uno nuevo para calumniar a la Revolución Rusa. El gobierno soviético, vean ustedes, tiene intención de invadir el este de Prusia con el Ejército Rojo. No dudamos de que esta ficción, que los charlatanes políticos están haciendo circular para asustar y engañar a los idiotas, tampoco convence a los obreros alemanes. Nosotros creemos que cumpliremos nuestro deber con la revolución internacional si preservamos al gobierno de la clase obrera en el suelo de Rusia. Esta tarea exige del proletariado ruso un enorme esfuerzo y sacrificio revolucionarios. Hasta ahora nuestro Ejército Rojo ha desempeñado bien su tarea. En los últimos seis meses ha liberado de las garras de la Guardia Blanca un área de 700.000 kilómetros cuadrados, con una población de 42.000.000 de habitantes. Creemos, con toda confianza, que el Ejército de Obreros y Campesinos, no sólo mantendrá el poder socialista sobre este territorio sino que también barrerá el poder de la burguesía de aquellas provincias de la República Federada donde todavía se mantiene con la ayuda de los imperialistas extranjeros. En lo que hace a Alemania, consideramos que la tarea de transformarla en una república socialista atañe primordialmente a la clase obrera alemana. Precisamente por esa razón, el asunto está en manos firmes y dignas de confianza. Enviamos a los proletarios alemanes nuestros fervientes saludos y les aseguramos que nunca han sido tan queridos ni han estado tan cerca del corazón de cada comunista ruso como en este momento, cuando en medio de una lucha increíble y llena de sinsabores contra traidores y renegados, con el camino sembrado con los cadáveres de sus mejores luchadores como Liebknecht y Luxemburg, se encaminan sin descanso y con valentía hacia la victoria final.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página: www.grupgerminal.org

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es